

## PLACERES DE LOS JARDINES

### EN LA CIUDAD Y EN EL CAMPO.



Vista de un gran jardín de fantasía.

En otro tiempo eran nuestros abuelos como salvajes y orangutanes. El uno yacía en el abismo, el otro iba á anidar en las ramas, y otro se colgaba de un pico. Si se encontraban, cada uno echaba á huir por su lado. En las horas

SEGUNDA SERIE.—1864.

de hambre, el uno corría sobre el otro, había batalla, y el vencido, asado por el vencedor, era comido en un abrir y cerrar de ojos como un pastelillo.

En estos tiempos los hombres eran mas felices. La nieve

AÑO XXII. 16



les servía de café con leche. Cuando encontraban un conejo enfermo, lo cogían; si era un león, hubieran sido cogidos por él, y esta era la edad de Oro. Pero los conejos no estaban siempre enfermos y los leones tampoco; además, estos últimos animalitos, desgraciadamente eran numerosos; así, nuestros abuelos inventaron la civilización, se reunieron en sociedad detrás de formidables murallas, y se encerraron como un rebaño.

Bien pronto se fastidiaron. Satisfecha la conveniencia de la sociedad, la necesidad recordó la precisión de desentumecer las piernas anquilosadas por el reposo. Como eran gentes sencillas, no fueron á su objeto por cuatro caminos; tiraron el cordel sobre cierta longitud, nivelaron el suelo, y determinada el área, la reconocieron de un cabo á otro, subiéndola de frente, bajándola de espaldas, repitiendo estas vueltas todo el día, y á esto llamaban *pasearse*. Esta diversión obtuvo buen éxito entre aquellos salvajes y conquistó numerosos partidarios. Sin embargo, la admiración no fué general. Esta gimnástica tirada á cordel, pareció ridícula á los recalitrantes y á los cabezas locas. En todos tiempos ha habido estas cabezas, que no echan á perder la sociedad, siendo como una salsa en la que con la grasa suculeta de la suave manteca, se mezcla el ajo, el pimenton y la sal, sin que nada se eche á perder. Los disidentes no comprendieron las ventajas de esos jardines mustios, tiesos como una I, y cortados en cuadros regulares. Hallaron que el tomar la línea recta para llegar mas pronto al término, parecia denotar estar ya cansados del paseo al principio; y decían, que el tomar el camino mas corto, mas bien parecia un viaje que un paseo, apresurándose á salir tan pronto como habian entrado. Por último, imaginaron un jardin fantástico, en donde las calles se revolvían, se cortaban, se encadenaban y se cruzaban en mil extraordinarias evoluciones. Una vez entrado allí, no se podía encontrar la salida y se habia perdido, no porque el espacio fuese ancho, sino porque el viaje era tan complicado, que se hacían leguas enteras en cuatro metros cuadrados, marchándose en *zig zags* y dando á cada paso una vuelta: era el laberinto.

Aun cuando los inventores obtuvieron un gran triunfo, no desaparecieron los paseos en líneas geométricas. Formáronse dos partidos; en el uno se alistaron los civilizados; en el otro, la juventud, las mujeres y los innovadores. Este partido fué el mas fuerte. El buen gusto proscribió el paseo y no autorizó sino el laberinto. Cuando se queria insultar á alguno, se le decia: ¡*Vaya vd. á pasear!*

Véase lo que son las cosas y sus causas. El laberinto que no tenia mas objeto que hacer dar vueltas á las piernas, hizo tambien dar vueltas á las cabezas, no solo de sus adeptos sino de sus enemigos. Los mas acérrimos opositores á esta clase de paseos, se aficionaron á ellos de tal modo, que cada cual quiso tener su laberinto. Esta es la historia de la salsa con pimenton. El primero que vió cerca de una marmita ajos y cebollas, no pudo imaginarse que esto perteneciese á una cocina de tono, y se echó á reír del cocinero. Despues, cuando lo probó, se comió toda la salsa del plato, y con sus dientes famélicamente entusiastas, amenazó tragarse al cocinero armado con su cuchillo.

Multiplícáronse los laberintos. Los hubo lindos y los hubo feos. Debido á una ley admirable de la naturaleza, esta buena madre que quiere que el bien no domine jamás en la tierra, los laberintos feos estuvieron en mayoría.

Afortunadamente la moda se preocupó de otra fantasía. Estudiáronse los admirables jardines del Oriente contruidos en grandes localidades semeando á los terrenos tales como la naturaleza los ha hecho; huyóse de toda aridez sistemática, de toda ornamentación estravagante, se comprendió que el mérito de un laberinto consiste en las sinuosidades de sus caminos, vagamente ondulantes, como el andar de un hombre ocioso; que las curvas de su artificiosa irregularidad no debían multiplicarse en vueltas incómodas; y se les dispuso de manera que el paseante que se estravia, cuando tiene el placer de marchar con abandono, pueda volver á hallarse cuando ha dejado de caminar sin dirección. El visitador sabe que aquí ó allí se halla un objeto interesante y se aventura en su busca; se detiene con distracciones inesperadas; por fin halla el objeto buscado. Déjase llevar de otras sorpresas; despues, cuando se ha cansado, halla en los postes del camino el número de órden, se orienta, y el Dédalo no es mas que una carta geográfica de la que tiene la clave y conoce de memoria. Si ha hecho mas, si se ha ingeniado hacer resaltar el carácter de cada sitio. El antiguo programa era no poco embrollado de futilidad; y se le ha regenerado por la inspiración del arte serio y el sentimiento de la naturaleza.

Sobre este nuevo tipo han sido creados los laberintos que, aunque reducidos, sirven todavía de modelos, como se ven en algunas grandes posesiones particulares en España y en el extranjero, pudiendo citarse como muestra por su buena disposición el del jardin Botánico de París, en el cual no se puede alabar bastante el hábil arreglo, sus colinas plantadas de verdes árboles, sus calles sinuosas formando el anfiteatro de espirales, los varios monumentos elevados á la memoria de los sábios ilustres, los puntos de vista pintorescos, el conjunto encantador y original de aquel pequeño rincón tan querido de los parisienses, y que tan bien merece la inscripcion radiante que brilla en su pórtico:

*No cuento mas que las horas afortunadas.*

De este modo es como el laberinto, nuevo fenix, ha resucitado de sus cenizas en el jardin campestre, que es la última palabra de la arquitectura de los jardines modernos. Y esto sucede por todas partes, sin embargo de que no dejan de olvidarse las combinaciones fundamentales del laberinto, porque cómo ha de ser este un jardin campestre, si le faltan disposiciones originales ó lo imprevisto en las combinaciones? Así por no casar los dos géneros que se asocian armoniosamente, se descuidan los recursos importantes. Y he aquí, por qué en general los jardines públicos, á pesar de sus grandes gastos, atraen tan poca gente.

Los jardines públicos debían ante todo ser hospitalarios, y accesibles á todos. Deben ser instructivos y recreativos, como lo son los museos de plantas y de animales; fuera de esto, son incompletos. Véase como nuestro jardin Botánico á pesar de su pequeñez, atrae mucha mas gente que otros jardines, lo mismo que el de París, al que acuden con predilección aquellos habitantes y los extranjeros.

Lo que da valor y superioridad á los jardines botánicos, es la aglomeración en un solo lugar de las varias producciones del globo entero, si es posible, de tal suerte, que cada cual pueda relacionar la creación actual con las que le han precedido, y hallar allí cuádrupedos, árboles y pájaros de



todos los países y de todas las épocas. Falta á los jardines botánicos un río, lagos, bosques, cascadas y un centenar de fanegas para campos y praderas. El de Madrid nunca podrá ser gran cosa encerrado como se halla por un verdadero círculo de hierro; y el de París, aun cuando en mas grande escala, se halla tambien estraviado por la calle de Buffon, el hospicio de la Piedad y el pretil de San Bernardo. Es estrecho, mal distribuido, está momificado por la rutina, y es inútil bajo el punto de vista de la aclimatacion y tambien de conservacion de los animales que le habitan. En un plazo previsto, los carnívoros que hay allí, mueren todos de tisis pulmonal. Los rumiantes y los roedores, se ahogan en sus reducidas jaulas, no hay pájara que haya podido todavia conseguir una nidada. En fin, por consecuencia de falta de local ó por mala distribucion, la rica coleccion de fósiles que hay allí, permanecen encerrados en su mayor parte en los cajones.

Por esto hace mucho tiempo que se piensa en remediar estos males, y que, para ciertas almas sensibles, la prision celular de aquel jardin Botánico parece una cautividad enriquecida de muchos tormentos. Los progresos de la época y la importacia de aquella capital, que tiene la pretension de serlo de Europa, reclama un gigantesco jardin de aclimatacion, y la munificencia de la ciudad ha votado á los animales que alberga una espléndida hospitalidad.

Segun los planos que hace mucho tiempo se hicieron, el recinto del jardin Botánico debia estenderse hasta mas allá de las orillas fangosas de el Bievre y abrazar una superficie diez veces mas grande que la que ocupa. Estos planos no pueden ejecutarse hoy; sin embargo, se les sigue en parte; sino se puede estender el jardin basta el mercado de caballos, lo que seria costoso é imposible, se tiene el vasto local de el mercado de vinos, que plantado ya con resultado, no habia que hacer mas que apropiarle á su nuevo destino. Desgraciadamente el mercado de vinos es un hormiguero de cuevas sólidamente construidas: la composicion de estas obras subterráneas, seria una obra de titanes. Esto no seria imposible, pero sí ruinoso.

En Madrid, como arriba hemos dicho, nuestro jardin Botánico no es ni será nunca probablemente un verdadero jardin que corresponda á su nombre, principalmente por falta de espacio. En estos últimos años, se le ha embellecido agregándole el jardin Zoológico, en tan pequeña escala como el Botánico, por la misma razon que dejamos indicada. Si fuera posible que se estableciera en todo ó por lo menos en la parte Sur del Retiro y obtuviera los recursos y la proteccion necesaria, entonces podria llegar á ser un verdadero jardin Botánico enriquecido convenientemente, para que fuera un sitio de estudio al par que de recreo, segun las indicaciones que vamos á esponer.

En París, el bosque de Boulogne es el sitio donde podria establecerse un jardin de esta clase con las condiciones propias.

En estas grandes localidades es donde quisiéramos ver introducido el laberinto con sus caprichos y sus fantasías. Para ello habria que hacer bien poco. Ante todo convendria estudiar el inmenso terreno de que dispone, y respecto del bosque de Boulogne completar y variar los magníficos trabajos ya ejecutados, pues en cuanto al Retiro habria que hacerle casi todo; formar escenas majestuosas ó terribles, risueñas ó severas, sencillas ó extraordinarias, que se distri-

buirian por todos los puntos y que cabrian en tan vastos jardines, haciendo las convenientes distribuciones, todas las culturas, sin desdeñar el desórden calculado del arte, ni la simetría sistemática, ni las valientes innovaciones de la ciencia y de la industria. La sorpresa y la variedad, el placer y la instruccion, son el objeto; todo debe concurrir allí, nada debe ser despreciado; los árboles indígenas mezclados con los árboles exóticos, las perspectivas ideales, las frescas sombras, las cascadas armoniosas, las fuentes, paseos cubiertos, los estanques. Las plazoletas de árboles apiñados, los bosquecillos retirados, las calles sinuosas, los sitios misteriosos, los árboles seculares, los horizontes lejanos, praderas de verde musgo y campos enarenados, todo esto debe ser prodigado. Es preciso amontonar los efectos y hacer oscilar la mirada en maravillosas trasformaciones. Algunas montañitas diseminadas y formadas con capricho, no teniendo mas que una veintena de pies de elevacion, encantarían siempre á los paseantes que las descubriesen; las subirían riendo, las bajarían corriendo y persiguiéndose, y sus ojos estarían mas despiertos acostumbrándose á lo imprevisto. Los pozos de Passy allí y las agnas del Lozoya aquí, proporcionarían el agua sin tasa. Se la haría circular por todas partes, viendo arroyuelos sin número corriendo aquí por entre la yerba, allí á través de los senderos, mas allá brotando de las rocas, que van, que vienen, que vuelven, mansos ó turbulentos, siempre serán saludados con alegría. Se beberá á manos llenas el agua límpida, se pasarán por los vados sus olas bulliciosas, ó bien se salvarán á largos trechos, por puentecillos románticos, y el encanto de los verdes caminos se redoblará por el susurro de las cristalinas ondas. En este laberinto en gigantesca confusion se encerrarán ruinas de monumentos históricos y construcciones pintorescas donde los caprichos del paseante serían incesantemente solicitados y satisfechos; pequeños teatros para los niños, y tambien para los grandes, que de cierto no se enfadarían en hallar en medio de este oasis la comedia picaresca y entretenida. Los cafeteros, los vendedores de frutas y de tortas, bullirían por todas partes. En cuanto á los *restaurants* no podrían ser menos numerosos ni serían el menor atractivo en estos sitios donde el ejercicio es un entretenimiento y donde se respira el aire puro y se escita el apetito. Sobre todo, seria preciso desparramar á millares por el bosque, lo mismo que por los salones de baile y en los estanques, los animales familiarizados con el agua, con la tierra y con el aire, que al hombre gusta ver alrededor de sí. Podría ponerse allí á cubierto los bosques vírgenes y los animales delicados que sirviesen solo de adorno. Habria una magnífica reunion de productos de todas las zonas, y el reino animal estaria representado en todas sus especies. De este modo sería un mundo en miniatura, donde todos los climas, todas las zonas, todas las producciones diversas estarían reunidas, organizadas y divididas, segun el órden y las séries. Al pié de una colina se vería un pilon dividido en varios compartimientos de agua salada ó dulce, donde estarían reunidos los habitantes acuáticos, servidos segun su gusto y su temperamento, y calientes todos á la temperatura requerida por las necesidades higiénicas de cada especie. Habria cascadas para el salmón y la trucha, lagos tranquilos para el cocodrilo y el hipopótamo. Los rumiantes vagarían dispersos por la orilla; en cada parque, segun la clase de animal, florecerían las



yerbas y los árboles que constituyen su principal alimento en su tierra natal. La temperatura artificial y constante variaría según las necesidades. Los leones y todos los animales grandes estarían encerrados en parques donde pudiesen moverse y estenderse tanto como lo reclaman los pulmones y los músculos de sus poderosas máquinas, y aun habría también inmensos parques enverjados para las bestias feroces y prolongadas praderas para los ciervos, los antílopes y las gacelas. Bibliotecas imparcialmente completas estarían abiertas á todo el mundo, y á su lado gimnasios de toda clase solicitarían la expansión de las fuerzas del cuerpo y del espíritu. En fin, exposiciones permanentes y universales, agrícolas, industriales, artísticas y científicas tendrían á la inteligencia pública al nivel de todos los progresos.

Estando todas estas mil sorpresas diseminadas por el bosque sin barreras, servirían de atractivo y de alimento. Todas convergerían á un punto central, la *Serpentina*, que sería como el ramillete triunfal de estos fuegos artificiales después que se hubieran admirado los detalles ¡Oh alegría embriagadora! Luego que se hubiese ascendido al punto culminante del bosque, respiraríase á pleno pecho el aire puro y balsámico, la vista vagabunda, libre y sin fin, se esparciría en los horizontes mas lejanos y se desplegaría sobre aquel paisaje salpicado de palacios, de aldeas, de bosques, de ríos, de montañas, de quintas, de chozas, de todos los edificios y accidentes del terreno que presenta el suelo de las capitales y sus alrededores, y se estasiaría contemplando este vivo y magnífico panorama: las aguas resplandecientes por donde se deslizarian las embarcaciones, lanchas y canoas; el azulado lago donde saltarian las carpas elásticas, ó navegarían las flotillas de aves acuáticas, donde se verían los ejércitos de pájaros torcaes que revolotean por el cielo como nubes fugitivas, los ribazos escarpados donde ramonea la cabra, las colinas agrestes donde brinca el cabritillo; la verdura toda bordada de casitas, de kioscos, de cabañas y de quintas, la isilla arborescente y florida, destacándose del fresco cinturón que la abraza y la reanima con su bautizo encantador; los caminos montuosos donde las yuntas se cruzan y se precipitan; las encrucijadas cortadas por calles de árboles, sendas y veredas; los talleres misteriosos donde el pensamiento medita y donde el ruiseñor abriga su nido; sitios sentimentales á donde se encaminan las parejas unidas por el amor; campos estrechos en donde grotescas corridas de campanario, lanzadas al galope sobre asnos cabezudos, no piensan mas que en entretenerse, en hacer ruido y en reír. ¡Oh, hechicero espectáculo! Grupos de paseantes surgiendo de todos lados; reuniones retozonas; hermosos niños caracoleando indiferentes y risueños sobre sus caballitos artificiales de sedosas y suaves crines; cortesés caballeros galopando en torno de trenes donde brillan seductores prendidos, deslumbradores rostros; barquillas empavesadas de todos colores rasgando el agua rizada de los lagos; las músicas, los coros y las orquestas del baile resonando; las cascadas susurrando y cantando, y toda esta muchedumbre, esos gallardos caballeros, esas bellas amazonas, esos trabajadores, esos obreros, esos campesinos, bullendo, mezclándose, cruzándose, y en su giro prismático abrazando la circunferencia de la isla ó dispersándose en los ríos del laberinto.

Por complemento, un camino de hierro que partiese del centro de la población, se encargaría de llevar al jardín y volver á la ciudad todo el ejército de paseantes por algunos céntimos. El domingo, los precios no se aumentarían, pues este cálculo de humanidad no disminuiría en nada el dividendo de los accionistas..... al contrario.

Todo lo dicho no da mas que una débil idea de un dédalo bien combinado; sería espléndido. Dispuestos de ese modo los jardines, satisfarían realmente el agrado público, y sería el paseo favorito de todas las clases de la sociedad. Sería el paseo familiar del hombre de gusto que vive para vivir, que quiere tener el pleno goce de sí mismo y de la naturaleza, que busca los verdaderos y sencillos placeres, y que halla en fin un paseo á la puerta de su casa. Sería el modelo mas completo de un parque, museo viviente y universal de todas las épocas y de todas las regiones, que cada ciudad imitaria bien pronto para entretenimiento é instrucción de todos, pobres y ricos, niños y viejos, ignorantes y sabios.

Un joven indio, llamado Potaveri, fué llevado de O-taiti á Francia por Bougainville. Este ingenuo salvaje, trasportado al ávido París, echaba de menos su tierra natal, su isla risueña, sus placeres sencillos y la dulce independencia. El brillo de París le aturdió, pero no le seducía. Habíase dejado desvanecer entre los parisienses sin darse cuenta de lo que le faltaba y de lo que deseaba. Bougainville le llevó un día al Botánico: allí el joven indio admiró á su placer todas las innumerables sorpresas vegetales, allí reunidas y conservadas tan frescas y con tantos cuidados, de todos los puntos del globo.

Potaveri recorría las verdes calles, miraba, se admiraba y no se cansaba de ver la inmensa variedad de productos de la naturaleza, cuando de pronto, entre los robustos troncos, reparó en un árbol que desde la salida de su país no habían visto sus ojos y bajo cuya sombra había pasado su juguetona infancia; de repente, con gritos penetrantes, se abalanza y abraza á aquel árbol, le baña con sus lágrimas y le cubre de besos. Este árbol de su país natal le recordaba mil objetos llenos de encantos, los campos hermosos, el bello cielo, el vasto y esplendente río, la verdosa agua del mar, los bosques inmensos, el techo paterno, todo aquello que en su patria le había hecho feliz. Desde entonces, todas las demás plantas le fueron indiferentes. Al ver los otros árboles decía: ¡este no es de O-taiti! y cada vez que volvía á ver el plátano que le recordaba su patria: ¡este es de O-taiti, decía, este es de O-taiti!

En estos tiempos de navegación al vapor y de caminos de hierro, conviene que en todos los países del mundo el viajero pueda hallar á donde va los árboles, las plantas y los animales de su país. De este modo, un jardín es verdaderamente público, cosmopolita, universal y popular.

El jardín público es el correctivo de las ciudades. Hasta ahora no ha llegado á engañar nuestro instinto, siempre ávido de todo lo que nos recuerda el campo. Los jardines de las ciudades son el correctivo del duro secuestro impuesto á la vista de la verdura por las murallas áridas de nuestras ciudades.

El jardín privado de las ciudades ha tomado todas las formas de todos los caracteres. Los unos tienen su asiento en las orillas de las murallas, los otros en las plazas. A las coles y las chirivías, así como á los nabos, reemplazan las



rosas y las lilas, y tienen la ventaja de no costar mas que el placer de visitarlos.

Se ven maníacos por crear jardines hasta en sus cuevas, y algunos mas rabiosos sembrar granos aun sobre los campanarios de las mas elevadas catedrales. En fin, se han inventado jardines en los cuartos y jardines en la ventana, y carbonero hay que cultiva en su zueco, recuerdo de su querida tierra, y zapatero que planta en una bota vieja.

Para esto es preciso no solo tener gusto para los jardines, es preciso amarlos, es preciso sentir pasion, locura.

El abuelo del rey actual de Holanda recibió un día á un pretendiente que solicitaba una plaza de notario cuyo titular habia muerto la víspera. El rey le dijo: Ese notario no ha dejado nada á su viuda, á no ser media docena de hijos que alimentar; es preciso que su sucesor haga alguna cosa por la viuda. Otro candidato que os ha precedido, ofrece una pension vitalicia de tres mil reales.

—Pues bien, dijo el pretendiente, yo ofrezco tres mil quinientos, señor.

—Veré..... volved dentro de un mes.

El pretendiente fué exácto á la cita.

—Parece, dijo el rey, que el estudio es bueno; vuestro competidor promete cuatro mil reales anuales á la viuda.

—Pues bien, señor, yo prometo cinco mil.

—Volved el mes que viene; el mas liberal de los dos la obtendrá.

A la tercera audiencia, la parte contraria habia subido la puja hasta la cifra de ocho mil reales, y nuestro rival, desanimado, declaró que una generosidad semejante le arruinaría, y por lo tanto renunciaba absolutamente ni aun á igualarle.

—Sin embargo, pido una gracia á V. M., añadió, y es que la decision se suspenda todavía por ocho dias.

La dilacion fué concedida; pero el rey, viendo volver por cuarta vez á nuestro pretendiente, no pudo contenerse y le dijo con cierta viveza:

—Es escusado, buen hombre, solicitar con ventaja; vuestro contrincante no ha titubeado en ofrecer una pension de diez mil reales; ciertamente que vd. no pensará hacer ni tanto por la viuda.

—Perdone V. M., hago mas, me caso..... He aquí su consentimiento escrito de su puño.

El rey Guillermo halló este modo de solicitar tan deliciosamente original, que quiso agasajar con él á la reina en el momento. El héroe de la aventura contó el mismo los detalles á la familia real, que, despues de haber reido con toda su alma, quiso asistir al casamiento.

Conviene añadir que este modelo de pretendientes es hoy un grueso notario, muy rico y padre muy dichoso y muy querido de sus clientes y de sus hijos, que son en número de doce.

La moral de esta historia se aplica á los jardines. Si quereis tener hermosos jardines, no basta que les consagreis vuestros ocios solamente y los cultiveis por capricho, es preciso..... casarse con ellos.

Así es que los jardines particulares son generalmente feos y están mal cuidados. En realidad solo se pueden considerar verdaderos jardines los reales y los públicos.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

### BLANCA DE CASTILLA.—SU VIDA Y SU INFLUENCIA.

«La alabanza palidece ante los grandes nombres,» ha dicho Bossuet. El de Blanca de Castilla será siempre ilustre en los fastos de la España, donde al cielo le plugo hacerla nacer, y de la Francia que tan dignamente gobernó, del mismo modo que está grabado en los corazones españoles por la gloria que nos resulta, y de los franceses por el reconocimiento. Hija, esposa y madre de grandes reyes, á todos los iguala.

En las diversas situaciones en que la suerte la colocó, todavía fué mas noble por su conducta que por su nacimiento. Esta reina puede servir de modelo á su sexo, porque la virtud es de todos los tiempos y conviene á todos los estados. Blanca, de una piedad sincera, siempre unida al cumplimiento de sus deberes; jóven rodeada de todas las seducciones de los palacios, y entregada desde muy jóven á sí misma por su viudez, no tuvo por égida mas que su rectitud, ni necesitó de guía. «Casta en sus costumbres, dicen los cronistas, bella como los ángeles, y de una bondad inalterable, jamás quiso empañar su pureza; solicitaban á porfía su amor, empero supo hacerse respetar.»

Al carácter altivo, entusiasta y lleno de abnegacion, propio del pueblo español, unia una paciencia heroica que la sostuvo contra la calumnia, y la defendió durante su regencia contra las tentativas del feudalismo, que queria sin cesar dividir y destrozar la Francia. Su prudencia, su aptitud para las grandes empresas, la hicieron abrir mas de una vez las puertas del consejo del rey. Luis VIII, su esposo, confesaba que su parecer le era necesario en todo lo que emprendia, y que aquel dictámen era siempre dado por la mas esquisita prudencia y en pró de los intereses del reino.

Hacia el fin del siglo XII, entrando el rey Felipe Augusto en una viudez anticipada (á pesar de tres matrimonios y dos mujeres vivas á la sazón), deploraba su aislamiento en el palacio del Louvre, que entonces se concluía. Buscó una compañera, para su hijo Luis VIII, único fruto de su union con Isabel de Hainaut, á quien habia amado y perdido muy jóven. Su primer pensamiento se dirigió á Leonor de Inglaterra, hermana de Arturo de Bretaña; pero habiéndose roto las negociaciones entabladas, volvió á Lóndres para cumplir allí su funesto destino: cuarenta años de prision y la muerte. Olvidando su constante animosidad, tuvieron una entrevista secreta Juan sin Tierra y Felipe Augusto, en la que convinieron en poner fin á su hostilidad con el matrimonio de un hijo de Francia con una de las hijas del rey de España. Una brillante embajada fué, pues, enviada á Castilla, donde reinaba á la sazón Alfonso IX, llamado el Bueno, el Noble.

Berenguela, la mayor de las princesas, se habia casado con el rey de Leon: las dos mas jóvenes eran el encanto de la corte en Toledo y en Burgos. El condestable Mathieu de Montmorency, uno de los mas poderosos y mas dignos señores franceses, habiendo sido recibido como embajador en-



cargado de elegir una reina de Francia, permaneció algún tiempo embarazado é indeciso. Observaba y admiraba alternativamente á las dos infantas sin poderse decidir; las dos eran majestuosas, de brillante talento, lindas, no menos notables por sus virtudes que por su gracia. Los barones franceses, que componian la embajada, inciertos al principio, se decidieron porque el nombre de Blanca seria mas dulce de pronunciar que el de su hermana Urraca, y la melodía de sonidos hizo caer sobre la cabeza de la vírgen castellana la primera corona del mundo.

Acaso la anciana reina tuvo parte en aquella eleccion; sabia muy bien todo lo que se podia esperar del carácter de su tierna hija: Blanca abandonó su patria acompañada de la famosa Alienor de Aquitania, de su padre y de una numerosa escolta de grandes dignatarios españoles, que se detuvieron mas allá de Roncesvalles, en Gascuña. En cuanto llegó á Burdeos, fué encomendada al obispo Elías y á su tío Juan sin Tierra. Felipe Augusto y su hijo habian salido al encuentro de la infanta.

El obispo de Burdeos celebró los desposorios el 23 de mayo de 1200, en presencia de un gran número de prelados y caballeros de las tres naciones. Luis y Blanca de una misma edad, no llegaban á los catorce años. Se hubiese celebrado este matrimonio con mas pompa en Nuestra Señora de París; pero el entredicho lanzado por el papa contra el rey de Francia, le obligó á obrar de otro modo. Fué, pues, en Prosmont, cerca de Chateau-Gaillard, dominio inglés, donde el príncipe real recibió la bendición nupcial. La alegría que se sintió en medio de las tres córtes reunidas, no se entibió, á pesar del alejamiento de la capital: bailes, fiestas y torneos se sucedieron sin cesar hasta que volvieron á París. La jóven castellana fué recibida allí con aclamaciones; su gracia, su afabilidad, previnieron al pueblo en su favor. Blanca parecia hecha para su nombre: la maravillosa frescura de su tez, reflejo de la pureza de su alma, llenaba de admiración á todos cuantos la veían. Muy pronto cambió la corte de aspecto; la jóven princesa llegó á ser su alma, su ídolo, sus delicias.

Felipe Augusto, á quien su ambición y su gloria no habian preservado, ni de faltas personales ni de disgustos íntimos, recibió á su nuera como á una felicidad. Tenia cerca de sí un corazón hecho para comprenderle y consolarle. Esta alianza que unia íntimamente tres grandes naciones, enriqueció con muchos feudos la corona de Francia y fué la prenda de una paz que debía creerse duradera. Sin embargo, todavía fué turbada por la traición y deslealtad de Juan sin Tierra. Luis VIII tenia un amigo de infancia, nacido el mismo año que él, educado á la vista de su padre y dotado de las mas felices cualidades, Arturo de Bretaña. El rompimiento de su matrimonio con la hija de Tancredo, rey de Sicilia, le llevó á la corte de Francia, poco tiempo despues de verificarse el de la hermosa Blanca de Castilla. Felipe Augusto le armó caballero por su propia mano, le dió un mando, feudos considerables y le desposó con su hija María, de edad de cinco años. Arturo tenia quince. Orgullosa y feliz con la elección del monarca, volvió á sus estados y fué asesinado por su tío tres años despues, el Jueves Santo de 1203. Juan, rey de Inglaterra, cabalgando á su lado por Normandía, le condujo á orilla del mar sobre la punta de una roca cortada á pico que formaba un precipicio; allí lo cogió por el cabello, le atravesó el corazón con su daga y le precipi-

pitó en el mar, donde desapareció para siempre. Citado ante la asamblea de los pares por aquel crimen como duque de Normandía, todavía tenia que responder á otra acusación grave, porque estaba probado que habia ofrecido el homenaje de su corona al papa y al emperador musulmán á la vez. Declarado traidor, malvado, asesino, pidió un salvo-conducto, que le fué concedido, para ir á justificarse; pero como estaba amenazado de no poder volver á Inglaterra, tuvo miedo y no se presentó. Felipe Augusto se vió obligado á aplazar su venganza. Luis lloró á su amigo Arturo; la corte se vistió de luto y el pueblo juró odio á los ingleses. Felipe Augusto, no siguiendo la costumbre de sus predecesores, de asociar al príncipe real á la corona, se contentó con armarle caballero con otros cien nobles. Le dió muchos heredamientos entre otros el modesto castillo de Poissy que se decia estaba en poder de las hadas y que habia sido el asilo de la última mujer de Felipe Augusto, Ines de Merania. Allí, en el retiro de las lágrimas, fueron avaramente espiadas por la madre de Tristan, cuyo nombre perpetuó el recuerdo de las desgracias de esta pobre reina, algunos años de dicha. Blanca de Castilla encontró el medio de dulcificar su infortunio participando de su soledad; probándola toda su simpatía y su respeto, se internaba con ella bajo las sombrías bóvedas del castillo. Luis VIII amaba también á aquella residencia. Jóvenes esposos tiernamente unidos, se complacian en derramar beneficios á su alrededor. En Poissy dió á luz Blanca su primer hijo Felipe, y allí fué también donde dió gracias al cielo al recibir la noticia de la salvación de España en la famosa batalla de las Navas, ganada por su padre el valeroso Alfonso contra los ejércitos del Miramolin.

Hallábase Luis VIII comprometido en una expedición contra el rey de Inglaterra, cuando Felipe Augusto se inmortalizó por la famosa batalla de Bouvines. El 27 de junio de 1214, entre Lilla y Tournay, se vió huir á un emperador, dos reyes, ciento cincuenta mil hombres de armas y todos los vasallos rebeldes, que de antemano se habian dividido el reino. Felipe recibió entonces de sus rivales como de sus súbditos el sobrenombre de Augusto, que hasta aquella época no habia debido mas que al nombre del mes de su nacimiento. Nada habia faltado á aquella majestuosa escena real, cuando en el momento de dar la señal del ataque, el rey, descubriéndose, exclamó: «¡Amigos, la Iglesia está orando por nosotros; combatamos por ella y por la Francia!» Sublimes palabras que le hicieron absolver y desarmaron al papa. Blanca, que llevaba todavía luto por su padre, no habia podido seguir á su marido á la guerra contra los albigenses. Cuando dió á luz, el 25 de abril de 1215, á su segundo hijo Luis, se hacia la función á San Márcos evangelista, y las campanas de las iglesias callaron de repente. «¿Cuál es la causa de ese silencio?» preguntó la reina. La respondieron que temian alterar su reposo. «Eso me lo dá, dijo: id.» Y á fin de que tocasen á vuelo todas las campanas á la vez, se hizo trasportar á corta distancia á una quinta donde permaneció en cama, quinta que mas tarde se llamó la Grana de San Luis. Mas adelante se edificó allí una iglesia; el altar mayor se colocó en el mismo sitio en donde en otro tiempo estuvo el lecho de la reina.

Luis VIII, que estaba ausente, supo aquella buena nueva; pero, en vez de ir á verla, fué á cumplir su voto de peregrinación y combatir á los herejes.



Inés de Douzi, rica heredera del condado de Nevers, desposada primero con Enrique, hijo de Juan sin Tierra, fué ofrecida al rey de Francia para esposa de su nieto Felipe. La afrenta hecha por este rompimiento al rey de Inglaterra, fué el preludio de la venganza de la Francia y de los mas poderosos barones ingleses, que se aprovecharon de aquella ocasion para arrancar el cetro de tan culpables manos. Fué el pretexto los derechos al trono de Inglaterra, que habia heredado Blanca de su madre, hija mayor de Enrique II. Una embajada solemne fué á Poissy á ofrecer la corona de Inglaterra á Luis VIII, si queria reclamarla á la cabeza de un ejército. Felipe Augusto se opuso á ello formalmente. Su hijo, deseando obtenerla, vacilaba temiendo alguna traicion; pero las mas notables familias de las dos naciones, se entregaron en rehenes lo que no cambió en nada la decision del rey. Al punto entró Luis en campaña con numerosas fuerzas navales mandadas por el monje Eustaquio, quien despues de haberse arruinado en tierra, se habia hecho temer en el Océano. El papa, que habia gritado el primero venganza á la muerte de Arturo, ofendido por la poca deferencia del príncipe real, le amenazó con la excomunion; á esta amenaza dió por respuesta su entrada triunfal en Londres. Sin embargo, la tempestad dispersó los seiscientos bajeles con que Luis habia salido de Calais; los barones, enemigos personales de Juan, y no de su hijo, se mostraron ingleses. La flota francesa fué desamparada, pero la guerra no cesó sino con la existencia de Juan sin Tierra, que murió de repente.

Su hijo Enrique fué consagrado con un aro de oro á falta de diadema. No debemos pasar en silencio un hecho que caracteriza perfectamente á Blanca. Durante la expedicion de su marido á Inglaterra, le faltó el dinero en los momentos de los reveses, y en vano llamó á su padre en su ayuda; instruida de su situacion, se presenta la princesa al rey, pálida de emocion y le dijo: «Señor, ¿quereis dejar morir á vuestro hijo sin socorro en tierra estraña?—No puedo desobedecer al pontífice.—Enviadle al menos su patrimonio, es heredero vuestro.—Seguramente, Blanca, no haré nada de eso, dijo el rey.—¿No? contestó ella, entonces yo sé lo que haré.—¿Cómo, pues? ¿Qué hareis?—¡Gracias á Dios tengo bellos hijos de monseñor; los dejaré en prenda y encontraré fácilmente quien me preste sobre ellos!» Al decir estas palabras se separó del rey desolada: éste la hizo llamar diciéndola: «Tomad de mi tesoro lo que os parezca.—Señor, dijo Blanca, eso es hablar como padre y como os corresponde.»

Los tesoros y la flota que habia obtenido para librar al príncipe llegaron demasiado tarde. Bloqueado en la torre Blanca de Londres, torre célebre desde los Tudors hasta los Stuardos, Luis recibió la absolucion del legado, prometiendo cruzarse contra los albigenses. Volvió á pasar el mar despues de haber firmado un tratado que arrebatava muchas plazas á los franceses: tratado que su padre no quiso ratificar y que causó mas tarde la guerra.

El saber y la inteligencia de Felipe, hijo primogénito de Blanca, eran tan precoces que sorprendian á toda la corte. Murió á los once años de edad, muy llorado por su abuelo. Inconsolable con la pérdida de este niño, Felipe Augusto cambio de carácter y modo de vivir. Limitó su ambicion á conservar lo que habia adquirido, á mantener la paz y á embellecer la capital. Blanca y el joven Luis fueron los sagrados

objetos de la solicitud del rey. Se rodeó la cuna real de todas las ilustraciones de la monarquía: el rey no tenia otra diversion que las nuevas construcciones en medio de sus arquitectos ó en sus residencias de verano. Sometia sus planes á su nuera, quien criada en medio de las maravillas de España, no fué estraña á las bellezas del Louvre y de la catedral de Nuestra Señora, donde brillaban á la vez los moriscos pilares y el arquitectónico follaje árabe.

Felipe Augusto habia convocado en el Louvre un parlamento feudal para discutir los intereses de la monarquía y los de la religion; acudian allí de todas partes, cuando se supo el estado desesperado del rey, el cual murió en Mantes en los brazos de Hisembérge, aquella generosa reina, tan bella como buena, con quien se habia casado á la edad de diez y siete años por amor, y repudiado al día siguiente, sin que pudiese nadie jamás penetrar el motivo del odio injusto que tuvo á aquella princesa: la bendijo al morir, pero el último nombre que pronunció fué el de Inés de Merania. Este reinado duró cuarenta años y terminó el 14 de junio de 1223, casi el día del aniversario de Bouvines.

Felipe Augusto aunque generoso, se mostró frecuentemente injusto para con su hijo Luis VIII; y lo hubiese sido mas sin la poderosa mediacion de Blanca, que amaba y defendia á su esposo. El reinado de este príncipe fué corto; se pasó en combates, tan pronto contra los herejes como contra la Inglaterra. Fue consagrado en 1223, y la reina Blanca fué coronada el mismo día con pompa y magnificencia: la fecundidad de esta princesa la impidió seguir á Luis VIII en todas sus expediciones guerreras: tuvo de él once hijos, sin perder su salud ni su frescura. Dominando la nueva corte como la antigua, se apoderó en cierta manera del cetro de Felipe Augusto y de la mano de justicia. Luis la abandonó con confianza las riendas del gobierno, marchó á reconquistar de los ingleses las plazas que ellos se disputaban entre sí. Puso sitio á la Rochela, que se rindió á discrecion al cabo de tres semanas, despues de una heroica defensa. De vuelta en París, y habiendo obtenido la absolucion del papa, se cruzó de nuevo. Las enfermedades, las fatigas, los descalabros, abreviaron sus dias, viéndose obligado á detenerse en Auvernia en el castillo de Mompensier, donde hizo testamento y murió en medio de sus señores el 7 de noviembre á la edad de treinta y nueve años. Habiéndose nombrado Mathieu de Montmorency ayo del joven rey, se ocultó esta funesta nueva á la corte. Blanca, que esperaba á su real esposo, impaciente por verle se adelantó á recibirle á caballo con un acompañamiento magnífico. Galopaba delante el joven Luis, celoso de abrazar primero á su padre. De repente, le vieron volver pálido y consternado; en su camino habia encontrado al canciller, y sabia la funesta nueva. Blanca, se atribuló, pero su piedad la volvió á la razon y al deber. Se debia á sus hijos como á la Francia. Una vez tributados los fúnebres honores al difunto, reunió el consejo del rey, é hizo atestiguar ante él por tres obispos, que se habian hallado presentes á la muerte de su esposo, que este deseaba fuese ella nombrada regente. Lo fué en efecto, no sin muchas intrigas y oposicion por parte de los príncipes de la sangre.

La varonil firmeza de aquella princesa no retrocedió ante las innumerables dificultades de su posicion, y se rodeó de buenos consejeros; supo aprovechar hábilmente los intereses encontrados de cada uno, no perdió tiempo, convocó los



altos barones en Reims, se presentó ella misma en Soissons con sus hijos, y bajó al palacio episcopal. El mismo día el conde de Boulogne armó caballero al joven rey, aunque apenas tenía once años. El prelado le confirió igualmente la orden de la Estrella, cuyo collar estaba formado de tres cadenas entrelazadas, con rosas de oro esmaltadas; la estrella pendía de ella con la divisa: *Monstrant regibus astra viam!*

La vida de Blanca, sometida á su esposo, había sido hasta entonces un modelo de sencillez y bondad. Obligada á apoderarse del poder y sostener el cetro, se mostró digna de

mandar, como sucede á las almas bondadosas y fuertes y á los espíritus justos que saben someterse y obedecer al deber. Se atacó á los amigos de la reina, á sus parientes, al cardenal de San Angelo; se censuraron sus actos, aun hasta llegar á atacar la pureza de su vida y sus relaciones políticas con el legado. La pasión del conde de Champagne hacía ella fué pretexto de tan grandes calumnias, que corrió el rumor de que habiendo despertado los celos del rey, amenazado Thibaut por aquel príncipe, le había hecho administrar un veneno lento que causó su muerte. Pero aquellas calumnias



Blanca de Castilla y Thibaut de Champagne.

desaparecen ante la verdad histórica, y deben ser miradas como mentiras políticas. Thibaut, conde de Champagne, cuya pasión novelesca dañaba á la reina, recibió de ella misma la prohibición de hallarse presente á la coronación del príncipe, con lo que se marchó avergonzado y descontento. El joven rey fué consagrado en Reims el 30 de noviembre. La regente, su madre, consiguió con su habilidad en las negociaciones disipar las intrigas. Marchaba á la Bretaña con su hijo y un cuerpo de tropas, cuando supo que dos señores rebeldes habían resuelto arrebatárselo; el rey se detu-

vo en Montlhéry, fortaleza bien guardada, y envió un correo á París. Llegáronle los socorros en tropel, y el camino se cubrió de caballeros y de ciudadanos armados que volaban confundidos al socorro de su rey, y le volvieron á llevar sano y salvo con su madre: volvieron á entrar en triunfo en la capital, bien escoltados y en medio de las aclamaciones del pueblo, que adoraba á su joven y hermoso rey. Cuando se restableció la calma, Blanca se dedicó á formar un príncipe digno de gobernar, tanto mas fácil, cuanto que ella misma le había educado. No se resolvía á perderle un momento de



vista desde el día en que nació, y habiendo criado por sí misma á San Luis y sus demás hijos, acostumbraba á decir que no podría sufrir que hubiese una mujer en el mundo que pudiera disputarla el título de madre. Y, sin embargo,



Vuelta de la reina Blanca á Paris.

repetía frecuentemente: «Hijo mío, nada en el mundo me es  
mas querido que vos; y, no obstante, mejor quisiera perder-  
SEGUNDA SERIE.—1864.

ros que saber estábais en pecado mortal.» A la época de la  
mayor edad de su hijo le eligió la reina una princesa digna  
AÑO XXII. 17.



de él bajo todos conceptos; Margarita de Provenza, á quien amó tiernamente, y cuyo candor era encantador. Cuando el jóven rey gobernó por sí mismo, la reina madre conservó la influencia que le daban en las decisiones políticas su habilidad y experiencia.

Durante una cruel enfermedad, hizo Luis el voto de ir á combatir á los infieles si salía bien de ella. Apenas restablecido, no escuchó otro consejo que el suyo, y partió, dejando de nuevo la regencia á su madre. En aquella circunstancia probó que su amor maternal superaba á la ambición que se la suponía, porque habiendo empleado la mediación de los obispos, y luego las súplicas y las lágrimas para detener á su hijo sin conseguirlo, le acompañó hasta Marsella, y habiendo tenido el presentimiento, en el momento de despedirse, de que no le volvería á ver, perdió el sentido y cayó desmayada.

A pesar de los abusos que una sábia administración había reprimido, quedaban todavía pretensiones que echar por tierra, injusticias que hacer cesar y leyes que instituir. El pueblo sufría y murmuraba bajo la opresión del ambicioso y déspota clero. El cabildo de París, había cargado de cadenas á los aldeanos colonos que no habían podido pagar la renta. Blanca pidió gracia para ellos y prometió hacer justicia. Irritados por la protección de la reina, los dependientes del clero, arrebataron las mujeres y los niños, y desafiaron á la reina.

Indignada de tanta inhumanidad é insolencia, Blanca, temiendo no ser obedecida á causa de las censuras eclesiásticas, marcha derecha á la prisión, y con mano fuerte, armada de un palo y tocando la puerta de un calabozo, da la señal de derribar todas las demás. Mil personas de ambos sexos salen de la prisión y caen á los pies de la reina, bañándolos con lágrimas de reconocimiento.

La reina acabó su obra, hizo confiscar las rentas del cabildo, obligándole á transigir con los aldeanos por una cierta suma anual: de esta manera señaló por un beneficio aquella reina, ya enferma, los últimos tiempos de su poder.

San Luis fué hecho prisionero por los infieles en Palestina. Para volar prontamente á su socorro, Blanca permitió que se armase una porción de gente perdida, de que esperaba formar una tropa disciplinada. Este fué un nuevo azote para la Francia. No pudiendo someter al orden aquel peligroso ejército, sumergida en el dolor por la ausencia del rey y la pérdida de su otro hijo Alfonso; habiendo sabido que el rey se disponía á permanecer en Palestina, Blanca, con el corazón traspasado devoró sus inquietudes; se entregó á un excesivo trabajo, y cayó en la estenuación: una especie de languidez la condujo en tres meses al sepulcro, el 26 de noviembre de 1282: tenía sesenta y siete años.

La pompa de sus funerales correspondió al brillo de su vida, y atestiguó los sentimientos de su pueblo. La regente había hecho edificar un monasterio para recoger cierto número de doncellas huérfanas pobres. Este monasterio, se llamó Lis, y fué dirigido por la condesa de Meurs, amiga de la reina. Aquella gran princesa murió en olor de santidad, y fué enterrada en la abadía de Maubisson. Al saber el rey Luis aquella noticia, se inclinó ante el altar exclamando: «¡Dios mío, he perdido á la que amaba sobre todas las criaturas de este siglo percedero!» Se encerró, y pasó dos días llorando y en oración, sin recibir aun á la misma reina Margarita. Habiéndosele acercado Joinville, le dijo: «¡Ah

senescal, he perdido á mi madre!» y derramó lágrimas.

«¡Señor, era mortal, y os espera en otra vida mejor!» Estuvo por largo tiempo inconsolable, sus mas íntimos pensamientos, sus tiernas afecciones habían tenido por objeto á su madre. Era digna de sus sentimientos y de la veneración de la Francia entera. Dotada en el mas alto grado del talento de gobernar, uniendo la energía de alma, la moderación y la sensibilidad, generosa, hábil y franca, se presentaba á la posteridad rodeada de una auréola de gloria.

Fué enterrada en el monasterio de Lis. El papa Leon X, en 1520, la colocó en el número de los santos.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA,  
*Vizconde de San Javier.*

## DON BERNARDINO DE OBREGON.

(TRADICION MADRILEÑA.)

Hacia el año de 1566, cuatro despues del establecimiento de la corte en Madrid por el rey Felipe II, á quien apellidaron el *Prudente* los españoles de su tiempo y el *Demonio del Mediodia* los enemigos de la España, de los cuales fué siempre constante azote, acaeció la verdadera historia que voy á referir á mis lectores. Varones doctos y de gran peso en la república de las letras, han ejercitado en ella su claro ingenio, cosa que debiera retraerme de acometer tamana empresa; pero mi pluma es de tan rebelde condicion como mal tajada, así que no ha sido posible reducirla á términos de escribir cosa que de este asunto no sea. Hecha esta ingenua confesion, concluyo asegurando á quien me leyere, que á falta de otras dotes encontrará novedad en el presente relato, y sin un momento de vagar pongo manos á la obra antes que alguno pueda con razon aplicarme aquellos conocidos versos:

No traigo nada que importe  
Tras de tardanza prolija,  
Largo parto y parir hija  
Propio despacho de corte.

### I.

A la estremidad del antiguo Prado de la Villa, no muy distante de la nueva calle de los Olivares, nombre que llevaba entonces la que andando el tiempo se llamó de Alcalá por unos abundantes caños así titulados que allí cerca manaban, dos encubiertas de buen garbo y gentileza marchaban apresuradas en direccion á la puerta recién construida que daba entrada al arrabal.

El toque de oraciones había sonado en el vecino monasterio de San Gerónimo y la noche llegaba á toda prisa envolviendo en sus sombras aquel paraje, solitario y oscuro á causa de la mucha arboleda que le cubría; pero ni lo avanzado de la hora, ni lo yermo de la comarca fueran por sí solo motivo suficiente á producir tanto azoramiento á nuestras fugitivas, que mas desierto páramo y mas sombrías tinieblas quisieran en aquella ocasion; era el aguijon de su conciencia el que ponía alas en sus pies para huir de dos